

De las narrativas de desprecio al homicidio

Una etnografía sobre «limpieza social» en Bogotá

De las narrativas de desprecio al homicidio

Una etnografía sobre «limpieza social» en Bogotá

INGRID CAROLINA PABÓN SUÁREZ



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Pabón Suárez, Ingrid Carolina, 1986-
De las narrativas de desprecio al homicidio : una etnografía sobre «limpieza social» en Bogotá /
Ingrid Carolina Pabón Suárez. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia.
Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES), 2021.

224 páginas : ilustraciones (principalmente a color), diagramas figuras, fotografías. --
(Colección CES)

Incluye referencias bibliográficas
ISBN 978-958-794-644-4 (rústica). -- ISBN 978-958-794-646-8 (e-book). --

ISBN 978-958-794-645-1 (impresión bajo demanda)

1. Limpieza social 2. Antropología cultural y social -- Bogotá -- Colombia -- Siglo XX 3. Antropología
urbana -- Bogotá -- Colombia -- Siglo XX 4. Delincuencia urbana -- Bogotá -- Colombia -- Siglo XX 5
Violencia contra las personas 6. Narrativa I. Título II. Serie

CDD-23 303.60986148 / 2021

De las narrativas de desprecio al homicidio

Una etnografía sobre «limpieza social» en Bogotá

Colección CES

© Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES)

© Ingrid Carolina Pabón Suárez

Primera edición, Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-794-644-4

ISBN: 978-958-794-646-8 (e-book)

ISBN: 978-958-794-645-1 (impresión bajo demanda)

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales (CES)

Preparación editorial

Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales (CES)
cesed_bog@unal.edu.co

Javier Sáenz Obregón, director del CES

Laura Morales G., coordinadora editorial del CES

Carolina Pabón, foto de portada

Ana Virginia Caviedes, correctora de estilo

Julián Hernández - Taller de Diseño, diseño de colección

Yully Cortés, diagramación

Xpress Studio Gráfico y Digital SAS, impresión

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos correspondientes.

Tabla de contenido

Prólogo	13
MYRIAM JIMENO SANTOYO	
Introducción	17
Patio Bonito	17
El enfoque metodológico	21
La relación entre violencia y cultura	23
La estructura del libro	24
De la Chucua a Patio Bonito	27
Bogotá, una ciudad latinoamericana desbordada	27
Urbanización, vivienda y periferia	30
Los barrios y la segregación	34
El occidente de la ciudad: de Techo a Kennedy	37
Patio Bonito	40
La construcción de Patio Bonito	41
Los conflictos por la tierra	52
Las actuales dinámicas de urbanización	55
Un microcosmos de movimiento poblacional	59

Experiencias de violencia: las narrativas de sus habitantes	69
Presencia de actores armados	70
Jóvenes, violencia y delincuencia	79
Experiencias de hurto: las narrativas de las víctimas	82
Sobre la categoría «ñero»	91
Interpretaciones de la violencia ejercida por jóvenes	96
La otra cara de la moneda: la experiencia de jóvenes vinculados a las redes del delito	105
Camilo	105
La infancia, la calle y «las vueltas»	108
El poder del delito y la necesidad de «respeto»	114
Las fronteras y la muerte	128
Jóvenes en el barrio, jóvenes no deseados	133
«Limpieza social»	139
Homicidios en Bogotá	142
Homicidio en Patio Bonito	146
Los panfletos	150
Los registros de esta práctica en la prensa	160
Una sentencia a la nación por «limpieza social»	168
Limpieza social en Patio Bonito	172
Narrativas de desprecio, deshumanización y muerte	183

Referencias	193
Fuentes primarias	193
Entrevistas semiestructuradas	193
Conversaciones informales	195
Recorridos territoriales	195
Diarios de campo	195
Panfletos	196
Prensa	196
Fuentes bibliográficas	202
Fuentes jurídicas	217
Índice temático	221

Lista de figuras

Figura 1. Establecimientos comerciales y ventas ambulantes	20
Figura 2. UPZ Patio Bonito	28
Figura 3. Unidades de Planeamiento Zonal en la localidad de Kennedy	39
Figura 4. Patio Bonito y Calandaima	65
Figura 5. Fachadas y calles	65
Figura 6. Después del parque Bellavista	66
Figura 7. Barrios a la orilla del río	67
Figura 8. Participación de las localidades en el exterminio social. Bogotá 1988-2013	141
Figura 9. Homicidios en Bogotá 2011, 2012, 2013 y 2014 según edad de la víctima	143
Figura 10. Concentración homicidios de jóvenes (14-26 años) primer semestre 2011 y primer semestre 2012	149
Figura 11. Panfleto de «limpieza social»	152
Figura 12. Caricatura de Beto: «Limpieza social»	162

Lista de tablas

Tabla 1. Crecimiento de la población de Bogotá	30
Tabla 2. Casos reportados inicialmente bajo conclusión «limpieza social» en Bogotá 2011, 2012 y 2013	140
Tabla 3. Homicidios en Bogotá 2011, 2012, 2013 y 2014 según edad de la víctima	142
Tabla 4. Homicidios según sexo de la víctima en Bogotá. Años 2011, 2012, 2013 y 2014	143
Tabla 5. Homicidios según grupo vulnerable en Bogotá. Años 2011, 2012, 2013 y 2014	144
Tabla 6. Homicidios según mecanismo causal en Bogotá. Años 2011, 2012, 2013 y 2014	145
Tabla 7. Unidades de Planeación Zonal con mayores tasas de homicidio en el 2011	147
Tabla 8. Unidades de Planeación Zonal con mayores tasas de homicidio en el 2012	148
Tabla 9. Unidades de Planeación Zonal con mayores tasas de homicidio en el 2013	148

Prólogo

Era un momento álgido en distintos barrios de la ciudad porque circulaban panfletos anunciando nuevas acciones de «limpieza social»; un secreto a voces. Historias de jóvenes asesinados, amenazados por consumir drogas ilícitas o por estar presumiblemente involucrados en acciones delictivas. Escuché posturas en contra, a favor, cargadas de temor o de impotencia, o simplemente indiferentes frente a los sucesos.

CAROLINA PABÓN

Esta frase de Carolina en la introducción del libro nos sitúa en el eje de su trabajo: escarbar el lado oscuro, amenazante, de expresiones y prácticas instaladas en barrios populares de Bogotá y en otras ciudades de Colombia. La autora propone estudiar una categoría cultural del lenguaje cotidiano que de entrada nos provoca repudio: limpieza social. El primer desafío de la investigadora fue comprender sus contextos de uso sin olvidar la dimensión escabrosa de su significado: la división de las vidas humanas entre las dignas y las despreciables o desechables. Debía tomar en cuenta la base social de estas prácticas, la real o supuesta protección frente a la peligrosidad de ciertos individuos, pero no perder de vista la experiencia de sufrimiento de los amenazados y sus familias y tampoco olvidar el principio de la igualdad de la dignidad de la vida humana. Este es el desafío que enfrentó Carolina para su trabajo de investigación y la obligó a trabajar sobre lo sutil, en distinciones de enfoque y método a menudo muy complejas de realizar.

La orientación como antropóloga la alejó de contentarse con poner en evidencia el escándalo de estas prácticas y la condujo a contarnos sobre Patio Bonito, la historia de su poblamiento, el empeño de los primeros habitantes por hacerse un lugar propio y los desafíos de quienes preceden al Estado y construyen ciudad a partir «chucas» y pastizales. Un proceso conocido en las urbes del mundo no desarrollado.

La etnografía como método le permitió considerar la expresión *limpieza social* no tan solo como discurso de poder y violencia, sino indagar sobre su inscripción en la vida cotidiana de un barrio popular; un barrio, valga la redundancia, como otros de América Latina. El malestar que provocó en ella «la amplia aceptación de esta práctica» condujo a las preguntas: «¿Por qué razón existe una amplia aceptación de un tipo de violencia? ¿Cómo se construye la idea de un sujeto como no deseado? ¿Cuál es el soporte cultural de este tipo de violencia? ¿Cómo se vincula este tipo de violencia con los procesos de configuración de la ciudad?».

Para responder a las preguntas, Carolina recorrió entre el 2013 y el 2015 las calles atestadas y ruidosas, los parques y las esquinas de encuentro juvenil de Patio Bonito, y compartió vida en las casas de familias del barrio. Así, pudo acercarnos al contexto en el que se hace posible acudir al asesinato para detener el pequeño crimen o para quitar de las calles a los que se ven como indeseables.

Esto nos recuerda el trabajo de Michel Foucault en *Los anormales* (1974-1975) (Foucault, 2001), en el que relaciona la historia de instituciones de domesticación, control y punición en los siglos XVIII y XIX, con cierto lenguaje en el que el crimen se patologiza. Se ponen en marcha, entonces, instituciones y técnicas correctivas en torno al individuo peligroso. También Judith Butler habla de una política de la desigualdad, según la cual ciertas poblaciones «son efectivamente objetos para lastimar (con impunidad) o desechables (sin duelo ni indemnización)» (2017, p. 18). Pero sobre lo que da cuenta este trabajo, no es lo institucional sino lo parainstitucional frente a lo «incorregible», como lo llama Foucault. Las acciones puestas en marcha en estos barrios apelan a la normalidad del comportamiento de sus habitantes para castigar a los pequeños criminales, y se extienden hasta alcanzar una amplia gama de indeseables, por su forma de vestir, escuchar música o deambular por los parques sin trabajo conocido.

Este trabajo es, entonces, un aporte para la metodología social en la medida en que es capaz de sobrepasar la descripción de una acción reprochable como es la «limpieza social» a través de categorías analíticas y no morales, aunque sin perder de vista el horizonte moral. Es un reto grande y difícil de llevar a cabo, pero este arduo balance se logra acertadamente en el trabajo. Se hizo posible porque Carolina recurrió fundamentalmente a la experiencia etnográfica de la vida en el barrio, con el respeto que

conlleva hacia lo que mueve a las personas a actuar de ciertas formas. Esto permite evitar la descalificación simplista, llegar a discernir el entramado social que subyace en estas prácticas de violencia y comprender cuáles son los resortes culturales que las sostienen.

Vale la pena destacar otro reto importante al compartir varias veces, con el grupo que conformamos durante los años 2015 al 2017, el seminario de estudiantes de tesis de Antropología que yo dirigía en la Universidad Nacional de Colombia. El gran temor de ella era contribuir con sus narrativas al estereotipo de Patio Bonito como sitio muy violento. Los relatos vívidos, en primera persona, alimentados por expresiones locales, sobre cómo operaban las amenazas y el homicidio allí, podrían mostrar una imagen negativa que sirviera para estigmatizar aquella zona. Pero existe una línea, a veces sutil, entre la complacencia con los actores de la violencia o la generalización de las acciones particulares y la mirada crítica, que Carolina jamás se permitió cruzar. Mantuvo la distinción entre el reconocimiento detallado de los procesos socioculturales y la justificación o la condena de estos, de manera que el tono analítico y respetuoso no permite la estigmatización. Veo aquí puesta en práctica la clásica distinción de Max Weber, tan mal comprendida por lo general, entre conocer y juzgar.

Otra virtud del trabajo es lo nutrido que está en la información sobre el tejido social local. A veces se desborda en ella, pero muestra que no es un trabajo simple ni simplista. Apunta a la complejidad de lo que es una comunidad pobre de Bogotá y su lucha por la conformación de condiciones de buena vida. Una comunidad conformada de forma heterogénea, donde pueden anidar la delincuencia, la decepción o la desorientación juvenil, que a su vez desencadenan profundas contradicciones y conflictos. No es tan sencillo como que la comunidad es atacada desde afuera por personajes «malos». La investigadora muestra las contradicciones, el desgarre interno que implican y su expresión en la variedad de acciones que los habitantes despliegan y en las fricciones duraderas entre ellos. El trabajo muestra la manera como la violencia desata olas de venganza, de violencia entre ellos mismos, la esquizogénesis intrínseca a los actos de violencia. También nos ilumina sobre un aspecto simbólico-cultural: la vigencia de cierto sistema clasificatorio sobre los sujetos, un tejido discursivo, moral y estético que organiza a los habitantes según determinados comportamientos, según ciertas señas, que van desde el corte del pelo y el

estilo de vestir, hasta las expresiones usadas. Es así como ciertos sectores y sujetos, de la propia comunidad, pueden caer, a los ojos de esta, en la categoría de los indeseables.

El trabajo de Carolina incita a recordar el texto de Foucault, ya mencionado, sobre cómo ideologías hegemónicas clasifican ciertos sectores de la sociedad y llegan a condenar a algunas personas como no humanas, abiertamente dañinas o indeseables, que es lo que está detrás de la categoría tan evidente y cruda de «limpieza social». Pero ella no se conformó con las abstracciones y nos llevó al mundo del barrio, con sus almacenes abigarrados y sus calles estrechas, y nos permitió escuchar la voz de madres y hermanas, de jóvenes, unos desafiantes, otros reflexivos y autocríticos. Nos permitió establecer lazos entre los valores de trabajo, responsabilidad y autosuperación, y el sistema categorial de exclusiones. Este sistema se sustenta, según nos lo muestra Carolina, en la estrecha relación entre categorías morales y categorías estéticas, que, a los ojos de la mayoría, deben seguir los sujetos.

Es posible explorar, luego, un tema que queda sugerido: la idea de los giros vitales. ¿Por qué en un momento un joven entra al delito, y después se replantea el curso vital? Esto puede llevar a conexiones con la sociología criminal y a entender la complejidad del fenómeno de la violencia contra grupos de jóvenes, pues esta etnografía no adopta la idea fácil de que las comunidades son atacadas desde afuera por una estructura de dominación. Esta estructura por supuesto que existe y comprende el sistema clasificatorio del mundo, pero ¿cómo se intercepta con valores y apreciaciones de los habitantes locales y su manera de entender y actuar en sus propias circunstancias? Esta pregunta no admite una respuesta simplificadora. Carolina, con el compromiso ético que la ligó a la comunidad, deja planteada la complejidad de esa violencia, que es la posibilidad de su superación.

Myriam Jimeno Santoyo

Introducción

Patio Bonito

Un estridente ruido asedia tan pronto se empieza a transitar la avenida los Muiscas, la calle principal de Patio Bonito. Los andenes, atestados de ventas ambulantes, hacen lento el recorrido y exacerbaban la impaciencia de los transeúntes. Es excepcional una casa sin un negocio en sus entrañas. Tiendas de ropa y zapatos, pastelerías, panaderías, restaurantes, bares, cigarrerías, droguerías, pañaleras, cacharrerías, moteles, compraventas, casinos, supermercados se instalan sobre esta doble vía por la que entra y sale la mayoría de las rutas de transporte público cuya parada final está en el sector. Algunos propietarios de los locales comerciales ambientan las ventas con música, principalmente reguetón o cualquier tema decembrino que estalla de grandes bafles ubicados en la entrada de sus negocios. Otros impulsan a sus vendedores para que frente a los locales comerciales vociferen los bajos precios de los productos que ofrecen y que compiten con las ofertas de los vendedores ambulantes. Venta de arepas, jugos, ropa interior a \$ 1 000, \$ 2 000 y \$ 3 000, hierbas aromáticas, pescado, repuestos para electrodomésticos, en fin, «chucherías», dicen las abuelas. Todo parece encontrarse en esta calle donde unos apenas sobreviven, mientras otros aumentan sus capitales.

Al caer la tarde, cuando los residuos de sol se van extinguiendo y el azul sin estrellas del cielo bogotano se expande, el movimiento de los transeúntes se acelera. Así sucede también en la mañana, cuando la aurora descubre lo que ha dejado la noche en las calles de los barrios, la gente enérgica se dirige a sus trabajos en bicicletas o en transporte público y los jóvenes y niños a sus colegios. Las tardes vienen acompañadas de intensos olores a combustible, pues las humaredas emanadas

de los tubos de escape de los vehículos se esparcen entre los espacios libres de este trayecto colmado de gente. Muchos buses arriban con los habitantes de los barrios del sector. Entonces, el comercio enciende sus luces reemplazando la luz del día. Los vendedores vociferan más alto y los caminos se hacen estrechos, al igual que las vías debido a los carros estacionados en sus bordes.

Todo cambia rápidamente en aquella esquina del Merca Plaza, un gran mercado de frutas vecino del colegio Rodrigo de Triana. La congestionada vía se tropieza con la carrera 89C que conecta los costados norte y sur de Patio Bonito donde se ubican varios talleres de mecánica y puntos de venta de repuestos de carros. La calle se bifurca en este punto hasta su límite occidental por un canal que llega hasta la ribera del río Bogotá. Los decibeles descienden y las vías, que no están destinadas para la circulación de buses, se vuelven estrechas. Los frentes de las casas se disponen en incómoda cercanía. Sus amplias ventanas se abren con dificultad por la red de cables tejidos entre poste y poste, cuyo origen son grandes transformadores. Por estas calles tan solo puede pasar un vehículo a la vez. La heterogeneidad de las casas, manifestación de los deseos y las posibilidades de sus habitantes, cobra protagonismo al estar ausentes las vitrinas, la publicidad y los objetos exhibidos con ímpetu. Unas se alzan gradualmente en virtud de los ingresos de los propietarios, como si quisieran alcanzar el cielo. Otras se quedan de uno o dos pisos, usualmente con patio, terraza o algún espacio a modo de bodega que altera la altura de los pisos. Se visten de ladrillo desnudo, enchape o pintura de distintos tonos, desafiando la uniformidad que por estos tiempos se impone en la estética citadina (figura 1).

Continúo el recorrido por la avenida los Muiscas para tomar la carrera 91C y dirigirme a la calle 40 sur, una vía paralela bordeada de supermercados, restaurantes y papelerías por donde transita el Sistema Integrado de Transporte Público (SITP). Hace unos años por allí transitaban los llamados «cebolleros», buses viejos conducidos ocasionalmente por habitantes de la zona, quienes permitían a sus allegados acceder al servicio gratis. Fueron reemplazados paulatinamente por buses más nuevos desde la «chatarización» de vehículos iniciada en el 2005. Más al sur se encuentran la calle 41 sur, una vía doble dividida por la ciclorruta que conecta la avenida Ciudad de Cali con el borde occidental de la Unidad

de Planeamiento Zonal (UPZ¹), y la calle 42A sur, otra vía principal que atraviesa uno de los barrios más conocidos de la zona: Dindalito. Estas cuatro vías paralelas, los Muisca, la 40, la 41 sur y la 42A sur, desembocan en el Parque Bellavista, un complejo de espacios deportivos y zonas verdes con gran afluencia de habitantes, rodeado de varias instituciones: el colegio en concesión Cafam Bellavista, la Subdirección Local para la Integración Social de la localidad de Kennedy y el Centro de Atención Inmediata (CAI) Bellavista. Esta zona, como el Rodrigo de Triana, es física y simbólicamente una frontera².

Mientras recorría el parque recordé a Manuela, una mujer que acompañó uno de mis recorridos barriales. Con ella entendí que caminar hacia la avenida Ciudad de Cali es «subir», es decir, avanzar en dirección a los cerros orientales que están lejos de allí. Y caminar hacia la ribera del río es «bajar». Pero el «abajo» son los barrios ubicados al costado occidente del parque. «Son calientes» o «más calientes», dicen algunos habitantes, porque se sabe de robos y muertes. En aquella ocasión, mi recorrido terminó en el parque Bellavista donde se reúnen jóvenes de distintas edades para jugar microfútbol, baloncesto, hablar o consumir drogas. Unos meses después de este recorrido atravesé esa línea demarcada en los relatos de habitantes y en la estructura física de los barrios. Cómo ignorarla si desde este punto hasta la frontera occidental la mayoría de las calles están sin pavimentar y las casas de lata, de teja asfáltica o de madera se cuelan entre aquellas que están en estado avanzado de construcción. Más cerca del río que del parque algunas casas no cuentan con agua potable. Otras son espacios a modo de bodegas adaptados para vivir, donde se improvisa la privacidad usando cortinas o muebles. Se va sintiendo, entonces, cada vez con más fuerza, una atmósfera densa, de olor nauseabundo y frío intenso que baja la temperatura de la piel. A veces, hasta la visibilidad disminuye cuando

1 Son «unidades territoriales conformadas por un barrio o conjunto de barrios tanto en suelo urbano como en suelo de expansión, que mantienen unidad morfológica o funcional. Estas unidades son un instrumento de planeamiento a escala zonal y vecinal, que condiciona las políticas generales del Plan en relación con las particulares de un conjunto de barrios» (Decreto 619 de 2000, Plan de Ordenamiento Territorial).

2 Sobre esto volveré más adelante.

por efecto de las aguas del Canal³ o del río Bogotá se forma una espesa neblina que cubre el asfalto o la tierra. Carretas tiradas por recicladores deambulan entre las calles con cientos de cosas en sus costados. Algunas llegan luego de largos recorridos agrupándose a lo largo de la ribera, entre el Canal de la 38 y el límite sur de la UPZ. Otras se alistan para salir, a la espera de que la noche los acoja con suerte. Los perros callejeros ladran, vigilantes de las casas en madera y lata, levantadas entre cúmulos de basura y desperdicios recogidos para marranos y gallinas que se ponen a la vista de los pocos transeúntes que por allí pasan⁴.

Figura 1. Establecimientos comerciales y ventas ambulantes



Fuente: fotografía tomada por Carolina Pabón (2014).

3 Canal que se construyó luego de la inundación ocurrida en el 2011, para proteger el sector del desbordamiento del río.

4 El 31 de julio del 2017 fueron destruidos los inmuebles construidos en este lugar en el marco de un operativo de restitución del espacio público adelantado por la administración distrital (*El Tiempo*, 31 de julio del 2017).

El enfoque metodológico

Corría el año 2009 cuando se desarrolló el trabajo de campo para el proyecto de investigación «Violencia escolar en Bogotá: una mirada desde los maestros, las familias y los jóvenes. Aplicación de un modelo cualitativo de intervención y prevención de violencia en escuela, familia y barrio»⁵ en cinco localidades de Bogotá. Uno de los objetivos fue explorar las relaciones entre violencia escolar y otras expresiones de violencia a través de los testimonios de profesores, padres y madres de familia, líderes barriales y estudiantes de cinco instituciones educativas. Era un momento álgido en distintos barrios de la ciudad porque circulaban panfletos anunciando nuevas acciones de «limpieza social»; un secreto a voces. Historias de jóvenes asesinados, amenazados por consumir drogas ilícitas o por estar presumiblemente involucrados en acciones delictivas. Escuché posturas en contra, a favor, cargadas de temor o de impotencia, o simplemente indiferentes frente a los sucesos. El uso de esta categoría y la amplia aceptación de esta práctica fue el punto de partida de esta investigación que desarrollé entre el 2012 y el 2015.

¿Por qué existe una amplia aceptación de un tipo de violencia reconocida bajo la expresión «limpieza social»? ¿Cómo se construye la idea de un sujeto como no deseado? ¿Cuál es el soporte cultural de este tipo de violencia? ¿Cómo se vincula este tipo de violencia con los procesos de configuración de la ciudad? Estos interrogantes orientaron la investigación, cuyo escenario etnográfico fue la UPZ Patio Bonito.

El interés inicial fue explorar aquellas prácticas que dan soporte a esta acción violenta. Sin embargo, la observación de las dinámicas barriales y las relaciones de confianza que se tejieron a medida que avanzaba el trabajo de campo le dieron un giro a la investigación: hacer visible tanto las experiencias de los habitantes expuestos continuamente a situaciones de inseguridad, como las experiencias de quienes ejercen la violencia y el delito en los barrios y se vuelven foco de este tipo de violencia. Dar cuenta de las dos posturas de vela

5 Este proyecto fue coordinado por Bárbara García, profesora e investigadora del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y el profesor Javier Guerrero, profesor e investigador de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Yo participé como asistente de investigación.

la complejidad de este fenómeno social, considerado desde distintos sectores de la sociedad como parte del pasado. Este trabajo muestra, entre otras cosas, su vigencia.

Ahora bien, la pregunta por un fenómeno social que está anclado a la historia de esta ciudad refleja el planteamiento de Arias y Jimeno (2011) en relación con el enfoque etnográfico; es un ejercicio de ciudadanía. Las investigaciones antropológicas tanto en Colombia como en América Latina han mostrado el interés prioritario que otorgan los antropólogos al estudio de situaciones sociales que tienen lugar en las sociedades de las que hacen parte. La etnografía es también una herramienta que permite tanto el acercamiento a las experiencias de vida de las personas como el extrañamiento. En ese sentido, y en virtud de los lazos de confianza que se tejen, permite dar cuenta de los sentidos que tiene una acción particular para los habitantes. Explicar y comprender la complejidad de las relaciones sociales en torno a esta práctica abre la posibilidad de pensar el modo como puede ser abordada para evitarla y garantizar la dignidad de los sujetos que se vuelven víctimas de ella.

Mi elección del escenario etnográfico se sustentó en cuatro criterios. Primero, quería desarrollar el trabajo de campo en una localidad que no hubiese sido incluida en la investigación sobre violencia escolar. Me interesaba tener nueva evidencia sobre esta acción en Bogotá. Segundo, contar con redes de apoyo en la zona donde decidiera realizar el trabajo de campo. Desconocía si era riesgoso abordar el tema. Tercero, el hallazgo de pistas en las cifras y en la caracterización de los homicidios en este sector de la ciudad. Durante el primer trimestre de los años 2011 y 2012 el Centro de Estudios y Análisis en Convivencia y Seguridad Ciudadana (CEACSC) reportó los focos de concentración de homicidio en Bogotá, siendo Patio Bonito uno de ellos. Las víctimas eran particularmente jóvenes y el principal mecanismo causal era el arma de fuego, dos características usuales de este tipo de crimen: «limpieza social».

Finalmente, el cuarto criterio fue el relato histórico ligado a distintas formas de experimentar la violencia. Inicialmente seleccioné dos UPZ de la localidad de Kennedy, Gran Britalia y Patio Bonito, pero, al conversar con habitantes que habían estado allí desde el surgimiento de estos barrios, fue decisiva la fuerza de esta práctica en los relatos en Patio Bonito. Un aspecto adicional fue también el estigma que recae sobre esta zona, pues históricamente Patio Bonito, como otros lugares de la periferia bogotana,

ha sido percibido como un espacio geográfico y social violento. En ello han jugado un papel protagónico los medios de comunicación y sus explicaciones simples de los acontecimientos de la ciudad.

El trabajo de campo consistió en varias visitas realizadas entre el 2012 y el 2015 cuya duración fue fines de semana, a veces una semana o dos, pero la exploración etnográfica se concentró en el 2014 cuando habité en uno de sus barrios durante cinco meses. Las fuentes etnográficas fueron, por un lado, los relatos de habitantes de los barrios (líderes barriales, cofundadores de los barrios, jóvenes y profesores), y, por el otro, panfletos recolectados en el proyecto referido anteriormente, a través de prensa y redes sociales, las noticias sobre «limpieza social» publicadas en el periódico *El Tiempo* y *El Espectador*, entre el 2012 y 2015, así como algunos documentos institucionales que usaban la categoría para aludir a este tipo de crimen.

La relación entre violencia y cultura

En Colombia la violencia fue abordada inicialmente desde la historia y la sociología. La relación entre cultura y violencia se adscribió de forma predominante al análisis de obras artísticas que tenían por objeto representar la violencia en nuestro país. Con excepción del trabajo de Jaime Arocha (1979), *La violencia en el Quindío*, la publicación de trabajos antropológicos sobre este campo fue tardía. Fue hasta la década de 1990 cuando la violencia se constituyó en un objeto de investigación antropológica en los trabajos de María Victoria Uribe (1996), *Matar, rematar y contramatar: las masacres de La Violencia en el Tolima 1948-1964*, y de Myriam Jimeno e Ismael Roldán, *Las sombras arbitrarias: violencia y autoridad en Colombia* (1996). Mientras que, en otras latitudes, se venían realizando trabajos bajo este enfoque desde la década de 1950.

Entiendo la violencia como un tipo de acción social que se inscribe en esquemas culturales, es decir, en valores, orientaciones, motivaciones, creencias que se aprenden de la experiencia social cotidiana. Es a partir de los procesos de socialización en los contextos familiares, barriales, escolares donde se aprenden formas de relación violenta. La violencia, entonces, está modelada por la cultura, o sea, por un sistema de referencia que les da sentido a las experiencias cotidianas (Jimeno, 1998). Pero este sistema no es estático; por el contrario, se transforma. Por esa razón las formas de pensar y experimentar las relaciones entre humanos son susceptibles

de cambio. Entender el papel de la cultura en el ejercicio de la violencia permite comprender la complejidad de fenómenos sociales como la llamada «limpieza social».

Ahora bien, la violencia estructural, como la que es evidente a lo largo de este trabajo, se conecta con la violencia subjetiva, según lo ha afirmado Jimeno (2019); «distintos niveles y aspectos de la estructura social subyacen en las prácticas individuales de violencia y, a su vez, la violencia impacta, perpetúa o modifica aspectos estructurales, como es el caso en las revoluciones sociales o en las prácticas de resistencia antihegemónicas» (p. 28). Esta relación entre dos dimensiones de la vida se reviste de gran poder porque, al comprender cómo la estructura se refleja en la cotidianidad y cómo las prácticas cotidianas van configurando aspectos de la estructura, la posibilidad de transformación resulta factible.

De acuerdo con varios autores (Rojas, 1994; Camacho y Guzmán, 1990; Stannow, 1996), este fenómeno se hizo visible finalizando la década de 1970, pero sus antecedentes son lejanos en el tiempo. Durante las décadas de 1980 y 1990 el uso extendido del asesinato de personas consideradas como indeseables despertó el interés de académicos que avanzaban en la comprensión del fenómeno de la violencia en contextos urbanos. Sin embargo, esta acción violenta no se inscribe solo en lo urbano. En la actualidad, ese *modus operandi* se ha transformado, ha perdido visibilidad, pero no vigencia.

La estructura del libro

Este libro está conformado por cuatro capítulos que reflejan el trayecto realizado desde que emprendí la investigación. El punto de partida es el interés por entender un fenómeno; la necesidad de desentrañar el sistema de ideas que lo soportan. Los primeros acercamientos al escenario etnográfico permitieron afinar paulatinamente la pregunta. De este modo, se empieza a recorrer un camino que puede tomar rumbos distintos a los trazados inicialmente, como sucedió en este caso. Cada interés grueso que fui identificando en dicho camino le dio cuerpo a cada capítulo que ahora presento.

Las primeras narrativas a las que accedí despertaron mi interés por escudriñar la historia de este conjunto de barrios en el marco del proceso de urbanización desaforada que tuvo lugar durante el siglo xx. ¿Cómo

se había gestado este almacén urbano? ¿Quiénes habían llegado a este sector que inicialmente estuvo por fuera del borde de la ciudad? ¿Qué hechos de violencia habían tenido lugar allí y por qué? Así, a partir de fuentes secundarias y de las narrativas de sus habitantes, doy cuenta de la dinámica urbana de este sector de la ciudad caracterizada por la precariedad institucional, las condiciones de desigualdad y el tesón de quiénes construyeron sus barrios.

La década de 1990, tan álgida en la historia nacional, resulta crucial para entender la escalada de violencia en Patio Bonito. El hilo histórico que fui tejiendo dio luces sobre el segundo capítulo sobre las experiencias de violencia de los habitantes, la presencia de actores armados, la delincuencia común y la conformación de pandillas que modelaron formas de habitar los barrios. Aparece con claridad la aceptación de una práctica como la «limpieza social» en un escenario en el cual la institución no actúa como mediadora, ni como garante de la seguridad y el bienestar de los ciudadanos; situación que no es particular en este conjunto de barrios, pues ya desde la década de 1960 la prensa había reportado crímenes de este talante. El relato periodístico desde este momento y hasta la fecha, aunque se ha transformado, guarda como trasfondo mostrar a las víctimas como las responsables.

Ahora bien, por un lado, hallé las narrativas de quienes experimentaron el delito y, por otro, de quienes ejercieron el delito en algún momento de su vida. Son jóvenes que habían sido amenazados en el marco de las campañas de «limpieza social» o que habían sido cercanos a quienes fueron asesinados bajo esta modalidad de homicidio. Esta otra cara de la moneda derivó en la construcción de una historia de vida que da cuenta de la violencia estructural que experimentaron habitantes de este sector y del ejercicio de la violencia al interior de los barrios. Camilo es quien protagoniza el tercer capítulo; un hombre que se vinculó a las dinámicas delictivas desde su niñez. Es decir, es el sujeto indeseable para este contexto barrial. Los dos tipos de narrativas son una expresión de la complejidad del fenómeno, como podrá verse a lo largo del segundo y tercer capítulo.

Finalmente, en el capítulo de cierre me valgo de fuentes primarias y secundarias para conceptualizar este tipo de violencia, tomando como punto de partida los trabajos que anteceden a esta investigación; además, los mensajes de los panfletos distribuidos principalmente en Bogotá, la prensa y algunos documentos institucionales me permiten mostrar que el sustrato de esta forma de violencia es ampliamente compartido. La «limpieza social» es

una práctica violenta con un carácter expresivo e instrumental. Tiene como base cultural la construcción de *narrativas de desprecio*, construcciones discursivas a través de las cuales se reproducen prejuicios, estereotipos y estigmas sobre ciertos sujetos, soportadas en mecanismos clasificatorios. A través de ellas se ponen de presente «los esquemas normativos de inteligibilidad que establecen lo que va [a] ser y no va a ser humano, lo que es una vida vivible y una muerte lamentable» (Butler, 2004, p. 182).